DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1342

Primer momento de la Inteligencia Artificial en la edición de revistas académicas de Humanidades y Ciencias Sociales

Oscar Rosas Castro*

El día 30 de noviembre de 2022, la empresa OpenIA lanzó públicamente ChatGPT, con lo cual inició el uso público y gratuito de la inteligencia artificial generativa que tiene como principal característica ser la denominada Modelo de Lenguaje a Gran Escala, término técnico con el cual se nombra la capacidad de aprendizaje de la IA.

Inmediatamente se activaron foros en los cuales inició la discusión sobre su impacto; congresos, seminarios, encuentros y mesas de trabajo. En general, los recursos de los cuales se vale la comunidad científica para tratar de conocer y entender las implicaciones de la aparición de esa herramienta. Por supuesto, el mundo editorial científico no se quedó al margen, inclusive se activó de inmediato por el riesgo de que las publicaciones que comenzaran a circular fueran resultado, en buena medida, del uso de esa herramienta.

Desde ese día, se abrió un umbral para un sin fin de fenómenos que están sucediendo. Por supuesto que los más delicados son los millones de ataques diarios que se realizan con IA a todos los sistemas digitales en cualquier lugar del mundo, pese a los niveles más altos de seguridad en bancos, casas de bolsa, intereses militares, etcétera. Son millones de dólares en sistemas de ciberseguridad que no terminan por garantizar nada, sino sólo atender las emergencias. Es decir, no se logra generar seguridad *a priori*, sino

* Editor responsable y fundador de *Andamios, Revista de Investigación Social*. Estudió en dos doctorados en Ciencias Sociales y Humanidades: uno con especialidad en Representaciones sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa, y el segundo con especialidad en Sociedad y Territorio por la misma UAM Unidad Xochimilco, ambos en México. Líneas de investigación: Edición de publicaciones científicas; Representaciones simbólicas y apropiación del espacio urbano; Sociología y geografía de la literatura. Correo electrónico: oscar.rosas@uacm.edu.mx

que se trata de resolver los problemas *a posteriori*, porque la IA aprende más rápido de lo que habían calculado sus creadores.

El ritmo vertiginoso al que se mueve el tema de la inteligencia artificial genera la sensación de llegar tarde al debate siempre. Salvo quienes están directamente trabajando en su ingeniería, los demás nos quedamos con noticias cada vez más apabullantes por la forma en que avanzan su desarrollo y los resultados de su aprendizaje. Cuanto y más a sabiendas que la información a la que se accede públicamente es limitada porque no hay que olvidar que son empresas las que desarrollan esa tecnología y no hay regulación o intervención alguna de ningún Estado en esa dinámica. La información está a expensas exclusivamente de lo que esas empresas deciden hacer público y de la forma en que lo difunden. Y por difusión no me limito solo a considerar los medios sino también las intenciones, porque no es lo mismo reportar sobre avances, a simplemente dar noticias esparciendo pánico.

Ahora bien, es cierto que la velocidad a la que se desarrolla la IA es impresionante e implica sus propios retos, pero las consecuencias de ese desarrollo van a una velocidad distinta. Una analogía con la que se puede ilustrar lo que intento sostener es una estrella lejana recorriendo el espacio. La estrella se vislumbra desde la tierra como un punto que se desplaza a la velocidad propia de la luz y vemos cómo avanza como un destello blanco, pero va dejando una estela de colores que van cambiando, dependiendo de las distancias en las cuales la percibimos, esos colores se extienden, se alargan, se difuminan, cambian y no se concentran en un solo punto. Así la IA, ahora por sí misma, continúa desarrollándose como esa estrella que percibimos como un punto blanco, y los problemas que va generando son esas distintas intensidades y tonalidades que deja como estela. Expongo algunos de los problemas que se vislumbran desde la edición de revistas científicas.

Desde dónde escribo sobre la IA

Para poder exponer sobre estos temas es necesario aclarar que para hacer el planteamiento del impacto que percibo desde la edición de revistas científicas de Ciencias Sociales y Humanidades, primero conviene separar y advertir que el debate se da en dos dimensiones básicas: por un lado, están las empresas y sus técnicos especializados en el desarrollo tecnológico,

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1342

programadores, ingenieros que desarrollan la herramienta, personal que entiende el lenguaje técnico de esta tecnología. Por otro lado, estamos quienes no entendemos nada sobre ese lenguaje técnico, pero pensamos, lidiamos y tratamos de proponer a partir de las consecuencias sociales que va dejando la IA durante su práctica y desarrollo.

Pertenezco a ese segundo grupo. Declaro que no entiendo la forma en que funciona la programación y diseño de la ingeniería de la herramienta tecnológica más importante del siglo XXI y mi intención en este texto dista mucho de entrar a ese debate. Más bien propongo un listado de problemas con los cuales lidio desde el mundo editorial científico de Ciencias Sociales y Humanidades en tanto consecuencias que esa tecnología está provocando por sí misma y en su uso, desde problemas y hábitos que le antecedían. Al mezclar esos problemas previos con la IA comienzan a platearse nuevos retos para las publicaciones científicas. Así que escribo sobre las cuestiones cotidianas que ha generado la IA desde diciembre de 2022 y que considero trascendentes para la generación de conocimiento y su difusión.

Luego entonces, mi punto de partida es que ya existían problemas en los hábitos académicos que se reflejaban en las publicaciones científicas y que se han agudizado con el uso de la IA como herramienta. La estela de colores que la IA va dejando detrás de su desarrollo sería:

Problemas sociales básicos de la IA

La capacidad de aprendizaje de la IA –que es lo que más nos sorprende y comienza a atemorizar por la velocidad a la que sucede y gana autonomía–, tiene implícitas dos cuestiones básicas: a) quién enseña y entrena; b) dónde aprende. Estas dos cuestiones nos ayudan a comprender el momento actual, el presente en el que se encuentra la IA mientras aún se piensa como herramienta que se está desarrollando y de la cual se puede hacer uso. Por otra parte, también se empieza a tener conciencia sobre su potencialidad desmedida y la posibilidad de perder el control. Esto sucede en proyecciones a futuro, en un tiempo que aún no se consuma pero que claramente es tendencia según la línea que se está desarrollando.

No está de más enfatizar que el tema de la inteligencia artificial se refiere a una tecnología que se desarrolla y pertenece a empresas, de entre las cua-

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1342

les las más avanzadas son estadounidenses y chinas, pero no son intereses nacionales ni mucho menos científicos los que se priorizan, sino completamente comerciales, con intereses económicos y de concentración de poder. Además de que es un tema global porque impacta a todo el planeta, claramente tiene diferentes consecuencias dependiendo de dónde y cómo se aplique, pero no hay forma en que pueda omitirse su impacto en la vida cotidiana de cualquier persona.

Vivimos en un mundo en el cual los dueños de las empresas creadoras de las tecnologías de internet, *hadware* y *software* están entre las personas más adineradas del planeta. No olvidemos que es un negocio al cual nos hemos habituado y hoy es casi imposible concebir la escritura, investigación, publicación, difusión, comunicación y hasta el pensamiento, sin el uso de herramientas vinculadas a un dispositivo electrónico. La IA se inserta en esas condiciones y contexto previo como el siguiente nivel de esta tecnología que llega para incorporarse y nos hace sentir lo imprescindible de su presencia en la cotidianidad. Se adquieren programas para crear textos lo mismo que se adquieren otros de más valor económico para intentar detectar las posibles irregularidades no declaradas: plagio, uso indebido de la IA para crear textos, porcentaje y apartados donde se usó la IA. De este modo aparece un autor "astuto" que va a la vanguardia en el uso del *software* y detrás un editor que trata de evitar caer en la trampa y poner en riesgo el prestigio de la publicación. Mientras sucede esa dinámica, el productor de esa tecnología es el único que gana, incrementa sus arcas y mantiene su posición en los rankings de los más adinerados del planeta.

Lo peor es que hasta este momento no existe programa alguno que garantice que puede detectar completamente el plagio y el uso indebido de la IA para crear textos. No hay programa fiable al cual recurrir porque las estrategias de los usuarios se han sofisticado rápidamente. Un texto generado con IA después pasa por un programa de "humanización" que consiste en cambiar la redacción a modo menos robótico y los programas de detección no terminan por reconocer completamente el proceso. Ese es el momento actual de la edición, el contexto en el cual la edición trata de evitar poner en riesgo el prestigio construido con un largo recorrido de trabajo y seguir defendiendo la evaluación y difusión de la producción académica. Vivimos en una carrera constante en la cual tratamos de alcanzar al que hace trampa y estamos tratando de diseñar estrategias para enfrentar ese fenómeno social.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1342

a) Quién enseña a la IA

La inmensa capacidad de aprendizaje de la IA aún está en una etapa en la que no es completamente autónoma o independiente. Hasta ahora sabemos que pronto podría prescindir del humano, pero aún está en ese momento en que depende de humanos que le enseñan y la entrenan. Sabemos que es inmensa la cantidad de información a la que accede la IA, y que continuará creciendo y absorbiendo porque hasta ahora es acumuladora y reproductora de información. La IA es capaz de inferir, hace asociaciones de ideas previamente publicadas, pero requiere de un trabajo de revisión y entrenamiento, aún no es capaz de discernir por sí misma.

La IA está en una etapa en la cual requiere de miles de personas que han sido contratadas sin garantías laborales para entrenarla. Procesan datos, aplican etiquetas y las introducen a los sistemas para que los algoritmos puedan desarrollarse. Ese trabajo es constante pero las contrataciones no son permanentes. Son famosos los casos de cámaras que se incorporan a las labores cotidianas de los trabajadores en ciertos oficios; desde ahí se graban sus actividades laborales para entrenar futuros robots. Lo mismo que personas que disciernen entre imágenes que un robot aún no tiene criterio para seleccionar de acuerdo con intereses preestablecidos por las empresas o filtros de seguridad y aparente protección de exposición de información extremadamente violenta, sexual o de intereses políticos, pero también para cosas más cotidianas porque ahí se está desarrollando la tecnología de la que se valen hasta los autos autónomos.

El desarrollo de la IA queda con una enorme deuda cuando pensamos en la sobreexplotación de esos trabajadores en zonas del planeta donde no hay regulación o defensa de derechos laborales. Estrictamente los países en desarrollo quedamos expuestos a esa explotación en tanto que no existen marcos legales que regulen esa relación laboral y mucho menos influyen en los criterios con los cuales se realizan esos entrenamientos.

Hay otro tipo de entrenamiento, el especializado y que realizan las mismas empresas desarrolladoras de la tecnología. Esta área es de donde se construyen los argumentos de proyección hacia un futuro cercano y donde la IA ya no sólo acumula, sino que genera información y conocimiento, empieza a tener un criterio propio.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1342

Son bien difundidas las pruebas que se han realizado en el transcurso de este 2026 y que son las noticias más alarmantes. Hasta el día en que se redacta este texto, la más relevante fue la declaración que Samuel Altman, director de Open IA, anunciando que se acaba de ingresar a la era de la *Singularidad de la inteligencia artificial*. Lo cual implica que la IA ya demostró que aprendió a resolver problemas incluso haciendo trampa, creando estrategias para resolver problemas escapando del ambiente controlado e introduciéndose en otros espacios a los cuales tenía el acceso restringido, ingresó con tal de resolver el problema que se le había solicitado. Las implicaciones de esta nueva etapa evolutiva implican que la IA pasó los sistemas de ciberseguridad e ingreso a áreas donde razonó y dedujo que podría encontrar la respuesta al problema planteado y lo resolvió, incluso valiéndose de manipulación y chantaje. Este tema ya deja ver que el ritmo de aprendizaje de la IA es mucho mas acelerado de lo que se había calculado y que son enormes las posibilidades de perder el control. Además del llamado a la intervención del Estado para la regulación de esta tecnología y así tratar de contener los riesgos catastróficos que empiezan a proyectarse. Definitivamente no somos capaces de prever las consecuencias de esas tecnologías pese a la experiencia histórica, por ejemplo, la decisión de detener o mantener el proyecto Manhattan que tuvo por objetivo conseguir la bomba atómica.

Así cada herramienta que tomamos como referente civilizatorio trae consigo consecuencias no deseadas, consecuencias no calculadas y efectos positivos tanto como negativos, a los cuales sólo nos queda alcanzar lo más pronto posible para aprender a manipularlos, usarlos y quizá intentar detenerlos.

Hasta aquí se deja ver que la perspectiva que abordo es la de pensar la IA como herramienta que se creó para ser usada por humanos. Esta aclaración es fundamental en tanto que no es lo mismo que la perspectiva propia de la autonomía de la IA para auto construirse, línea que sabemos que deriva en pánico disfrazado de responsabilidad, que más bien es irresponsable y cínica al sólo advertir la catástrofe y hasta el apocalipsis. Ante esta perspectiva sólo puedo decir que la manipulación y ejercicio del poder de quienes fundan y transmiten miedo es tan efectiva que es la piedra angular de las instituciones más antiguas de la humanidad: las distintas iglesias que administran las religiones. No perdamos de vista que quienes crean y difunden la información son empresas que tienen intereses empresariales y que están en una carrera tecnológica que trasciende a las naciones.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1342

b) Dónde aprende

Pese a que solemos pensar en la IA como una abstracción, los referentes físicos de esa tecnología existen y son imprescindibles, se necesita un espacio desde donde esa información pueda concentrarse y proyectarse, las propias instalaciones demandan recursos que han comenzado a generar problemas ambientales como el requerimiento excesivo de agua y la cantidad gigantesca de energía eléctrica.

La explotación de personas que entrenan a la IA sucede en lugares donde son muchas las necesidades de ingresos para cubrir lo básico de la dieta y la vivienda. La mano de obra que etiqueta los metadatos no está en los países de Europa occidental ni en Estados Unidos. Claramente es un trabajo que al poderse realizar en casa se asume como complementario y se aceptan las pésimas condiciones de contratación, famosos son los casos en India, Kenia, Venezuela, Líbano, Siria.

Así mismo, ya se padecen los efectos sociales de Silicon Valley en la vida cotidiana de San Francisco. La extrema desigualdad de ingresos hace que la vida cotidiana sea casi imposible para quien no trabaja en las empresas de tecnología, la gentrificación extrema, problemas para conseguir vivienda asequible, un sector de servicios que simplemente no se puede sostener por los altos costos de la vida cotidiana y se ven sometidos a viajes de hasta 3 horas sólo para asistir al trabajo de hacer las labores básicas de mantenimiento de la ciudad. San Francisco se ha convertido en una ciudad que expulsa a aquellos quienes no laboran en el ámbito de la tecnología y enfrenta dificultades para cubrir sus servicios básicos.

El caso es paradigmático en tanto que las empresas instaladas en San Francisco y el nivel salarial que ofrecen a sus especialistas sólo han incrementado la desigualdad social y económica. Hoy podemos ver cómo no hablamos ni siquiera de una nación, no es un proyecto de Estados Unidos y China en la vanguardia, sino de empresas que van más allá de ser estadounidenses y que geográficamente han creado una isla con un estilo de vida singular que no se compara con otras ciudades del interior del propio Estados Unidos, ya ni siquiera con Nueva York y su influencia cultural.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1342

Qué aprende la IA

La tercera pregunta sobre la etapa de desarrollo en la que se encuentra la IA es *qué aprende*, y aquí se relaciona directamente con las revistas académicas porque la información de la que dispone para su desarrollo no es sólo la generalidad del internet, sino que se vale de la información pública. Entre ella, hace uso de lo publicado en las revistas científicas de acceso abierto. Los datos que acumula, con los que se alimenta, los que procesa, son un bien público que las empresas están usando para lucrar sin ninguna restricción y sin ningún reconocimiento o referencia a la fuente original de donde obtiene los datos que procesa.

Como bien sabemos, no es posible generar conocimiento de la nada, cualquier tema tiene antecedentes a los cuales remitirse y reconocer por respeto al propio desarrollo del conocimiento. Por supuesto que también el derecho a la protección de autores llegó tarde a este debate, no se calculó, no se organizó ni se garantizó que se protegieran los derechos de autorías. De tal manera que hasta ahora se sigue haciendo extractivismo o minería de datos entre los cuales hay distintos niveles de información, pero claramente existe una explotación y apropiación de la información contenida en las bases de datos especializadas en revistas científicas que comparten abiertamente sus contenidos.

Ante esta problemática resulta urgente la protección de los derechos de autor de todos aquellos textos que fueron sustraídos para alimentar la IA. Suena utópico, pero es urgente exigir que las empresas que desarrollan estas tecnologías hagan un registro de todo aquello que las alimenta porque hoy no hay ningún reconocimiento de esos antecedentes y tampoco es pública esa información. Inclusive, si alguna base de datos hizo algún acuerdo con alguna de esas empresas, debería de ser información pública en tanto que los textos de los que se dispone son un bien público, al menos las principales bases de datos de revistas científicas en América Latina. Y nuevamente es un tema que trasciende el concepto de Estado Nación en tanto que la información corre a través de internet y su carácter global.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1342

Cómo vemos los textos académicos de Ciencias Sociales y Humanidades en esta etapa de la IA

Desde la perspectiva de la edición de revistas académicas de las áreas de Humanidades y Ciencias Sociales aparecen distintos problemas que estrictamente no son generados por la IA, sino que más bien se han agudizado con el uso de la IA. Y empecemos por una diferencia con las ciencias exactas, porque el impacto en las matemáticas, como la reciente noticia sobre la solución de las ecuaciones Navier-Stokes para lo cual se destinaron 10,000 robots y 10 millones de dólares, no es para nada similar a lo que hacemos en las otras áreas de la ciencia.

Si bien es cierto que, en general, los académicos están recurriendo a la IA, desde la perspectiva de las revistas de Humanidades y Ciencias Sociales aún no llegamos a esos retos gigantescos porque tenemos una estructura diferente y atendemos temas completamente distintos, simplemente no hacemos planteamientos estáticos, no recurrimos a procedimientos fijos y la singularidad de lo social se ha impuesto a los intentos de homogenización cultural. Por ejemplo, tratando de pensar en retos que podrían resolverse con esos robots... análisis de bases de datos, análisis del discurso... aún no conozco ni ha llegado a la redacción editorial de *Andamios* un texto que haya usado a la IA para hacer uso de su potencial. Claramente se está experimentando con ella sin que aún se logren resultados confiables, pero pronto comenzaran a llegar esos resultados.

Aún estamos en la etapa en la que pensamos a la IA como herramienta, aún estamos explorando su capacidad. Sabemos que militarmente está siendo decisiva para establecer estrategias de ataque, defensa y coordenadas en Ucrania, Palestina e Irán. También sabemos que las redes sociales se han usado políticamente para generar ataques informativos con datos falsos y que la IA va a potenciar esas estrategias vinculadas a intereses de las empresas que las generan, pero aún no vemos su uso efectivo en el pensar de estas áreas del conocimiento. Mucho de eso ya existía como estrategia y esa estrategia es precisamente la que mantiene el paradigma, estamos atentos a las consecuencias e impacto que tiene la IA en la sociedad, pero aún no se reciente en la forma de hacer Ciencias Sociales ni de pensar las Humanidades.

Parece que los académicos recurren a ella para cuestiones de redacción, hay casos de autores que le piden a la IA corrección en la exposición de sus

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1342

ideas, inclusive renunciando a su propio estilo. Le piden realizar esquemas que pretenden exponer con claridad las ideas pero que en realidad se podrían omitir porque no reflejan nada trascendente para la argumentación por su forma de ser expuesto, o sea que los datos son interesantes y aportan, pero no la forma en que se presentan. Aún no han llegado textos que aprovechen el potencial para construir conocimiento, se supone que puede procesar información a velocidades sin igual y sin precedentes, sin embargo, apenas estamos pidiendo que realice funciones básicas que más bien exhiben nuestra ignorancia sobre la capacidad de la propia IA.

De tal manera que se evidencia que la idea que está de fondo es "optimizar" el trabajo y no generar conocimiento. La herramienta se usa para evitar desarrollar, para "agilizar" la redacción de una idea y no para potenciar la argumentación. Uno de los resultados graves es la homogenización de las respuestas, los referentes históricos, antecedentes que se repiten. Esos son casos de los investigadores más astutos, los que presentan textos que en su redacción evidencian la hechura con las herramientas de IA. Por supuesto que a la redacción y edición de las revistas evaluadoras les implica revisiones más exhaustivas y para ello la principal herramienta son los programas antiplagio que rápidamente van desarrollando sus propios filtros para advertir del uso de esa tecnología.

La otra parte donde se podría detectar si el texto está realizado con IA sería el propio proceso de dictaminación. Ello exige poner atención en las formas de redacción donde es complicado arriesgarse a declarar que no está hecho por una persona y aparentemente es notorio, pero cada vez son más sofisticadas las herramientas y más difíciles de detectar. Aún así, conviene apelar a la experiencia de los dictaminadores que están acostumbrados a leer avances de investigación y trabajos escolares. Un segundo elemento para valorar, dar más fuerza e importancia a la dictaminación es el conocimiento y dominio de las fuentes citadas y con las cuales se construye la investigación. Aunque por supuesto que no se trata de responsabilizar al dictaminador de la detección del uso de la IA de parte de un autor, en todo caso sólo es un apoyo en el proceso de evaluación.

Conviene agregar que hay dictaminadores que también están sometiendo a programas de IA los textos que se les pide revisar, sin considerar el riesgo de dejar registrado el artículo en el programa que hayan usado y

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1342

con ello afectar al autor. Es fundamental advertir que si bien no se puede evitar desde la gestión de una revista la manera en que un dictaminador revisa un artículo, sí debemos advertir del riesgo, recomendar el no uso de esa herramienta y apelar a la ética para que sea declarada la manera en que se usó la IA y el nombre del programa específico.

Otro rubro por contemplarse por los impactos que la IA tiene es el de la digitalización del mundo editorial que difunde resultados de investigación científica en las bases de datos especializadas. Las revistas se han concentrado en conseguir un lugar y posicionarse en esas bases de datos y es indudable que son herramientas fundamentales para la investigación. Por supuesto que también han optimizado el acceso a la información y que es un gran tema el de las empresas que cobran por acceder a los artículos científicos, pero ahora destaco lo referente a la búsqueda y acceso a la información en tanto que está cambiando en la investigación académica.

Hay un impacto a los resultados de investigación que se publican, pues la tendencia es hacia el tipo de respuestas que arroja la IA. Son inmediatas, operativas, pero sin fundamento claro, sin metodologías revisadas y hasta posiblemente con especulaciones sobre datos. Después de todo conviene recordar que la IA está programada para ofrecer una respuesta, su eficiencia se mide por la velocidad en la que responde, no por la veracidad, coherencia, sustento o demostración de su respuesta. La IA no sabe decir *no sé*, no está programada para reconocer que no sabe responder a alguna pregunta, emite la respuesta que puede procesar con la información que tiene y se ve obligada a responder. Hoy en día, ya hay un adjetivo para esos posibles disparates que emite: *alucina*.

Tampoco es un problema nuevo que sea consecuencia de la IA, sabemos que la práctica de recurrir a los buscadores se ha agudizado y hasta especializado, sólo por mencionar el ejemplo básico: el buscador común Google dista del Google Scholar al cual recurrimos hasta para tener un referente de citación. Este rubro de búsqueda también está cambiando, se están dejando atrás y cada vez se recurre menos a los bibliotecarios de los departamentos de las bibliotecas que asistían a los investigadores sobre búsquedas especializadas; ya no se recurre a ellos ni siquiera para hacer un comparativo entre los buscadores de internet y la información que arroja todo un sistema bibliotecario diseñado para ello. Lo nuevo en el tema de las búsquedas

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1342

es la velocidad a la que se realiza, así como la limitación para acceder a la información que emite la IA, nos interesa resolver en la inmediatez porque hay que entregar resultados pronto y no nos damos el tiempo para recurrir a las bases de datos especializadas, a las bibliotecas físicas, a los centros de investigación con archivos especializados. Prácticamente lo que no está en versión digital no existe y obviamente la IA no tiene registro de ello, por lo tanto, es información que omitimos pese a ser especialistas.

Pero, ¿por qué recibimos textos elaborados con IA sin declararlo?, ¿qué sentido tiene publicar algo que no es resultado de una investigación? El problema que se evidencia es la intención de publicar lo más posible para cumplir con las exigencias de instituciones que evalúan por cantidad y no por calidad. No se trata sólo de la intención de hacer trampa, sino de la presión que existe que posibilita la intención de recurrir a esas trampas. Hay un sistema que presiona a todos los niveles de la academia. Desde la formación en estudios de posgrado ya se comienza a exigir que se concurse a las publicaciones académicas de alto prestigio y dictaminación, muestra de ello es la inmensa cantidad de trabajos que llegan a la redacción de revistas que cuentan con buenas evaluaciones en los rankings o bases de datos, que reciben textos de finales de cursos que un profesor evalúa positivamente sin considerar que distan mucho de ser un texto académico resultado de investigación. Pero ahora se asume que con ayuda de la IA se puede mejorar y conseguir pasar los filtros de exigencia académica.

Requisitos como publicar en revistas científicas de alto prestigio para titularse, publicar en revistas de los niveles más altos en las bases de datos internacionales para alcanzar mayores puntajes y así demostrar la trascendencia de los resultados de investigación, publicar con mayor frecuencia a fin de demostrar que se está haciendo investigación, publicar lo más posible para construir un *currículum* más abultado que demuestre el prestigio que se requiere para concursar a un trabajo. Publicar es el requisito básico para poder acceder a una vida académica, pero se desdeña la calidad del texto, se trata de producir a destajo y para eso la IA es una herramienta incomparable.

Tampoco se trata de desdeñar la cantidad de artículos por sí misma, sabemos que escribir con frecuencia también hace que sea más probable que tengamos al menos un texto que a juicio de nosotros mismo, valga la pena en tanto logremos exponer mejor nuestras ideas, la práctica hace al maestro. No

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1342

tenemos porque pensar que todo lo que escribimos tiene que ser magnífico o aportar de manera extraordinaria al debate científico con cada texto, sin que por ello dejemos de intentar exponer cada vez mejor los resultados de nuestras inquietudes. El porcentaje de textos realmente paradigmáticos para la ciencia son apenas unos cuantos entre la inmensa producción de ciencia. Pero así funciona el debate y la producción de conocimiento académico y no hay porque exigirnos que sea necesario que absolutamente todo lo que publicamos sea realmente trascendente. Así es el debate, la exposición de ideas y es relevante para distintas etapas de la investigación de otros académicos o personas en formación. El problema de la producción a destajo y más ahora tratando de hacerlo con uso de IA tiene que ver con la intención de hacer trampa para engrosar el *curriculum*, no con si es pertinente el uso de la IA y poner en duda su capacidad como herramienta.

Ante esta voracidad por publicar que recurre a la IA para "fortalecer" los textos, las revistas requieren de estrategias básicas de protección y deslinde de responsabilidades. Las revistas concebidas como comunidades de investigación que debaten a través de la lectura de cada número que aparece, revistas que expresan redes de académicos, se citan, discuten a través de la dictaminación, de la revisión de los textos, convocan a temas comunes y se comprometen con la difusión, esas revistas requieren de estrategias mínimas de protección ante la posibilidad de abuso del uso de la IA.

Así, la política editorial precisa de exigir la declaración del uso de la IA, que los autores sean transparentes y declaren la forma en la cual recurrieron a la herramienta. No se trata de rechazar el uso de la IA, sino de incorporarla a la investigación con responsabilidad y transparencia, no sólo resolviendo la inmediatez y presión por publicar. Evidentemente, en este primer momento, hay una apelación a una postura ética y que tenga su propio lugar y forma de ser atendida. Ya en un segundo momento también se debe proteger a la comunidad que congrega una publicación, y una propuesta es deslindarse de la responsabilidad y exigir a cada autor que declare en su propio texto si usó la IA; y si sostiene que no la usó, también dejarlo explícito en la nota al pie junto con sus datos de investigador. Es una medida sencilla pero que protege el prestigio de quienes colaboran con las revistas.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1342